

EL MAL GENIO DE ALBERTO

Por *Lawrence Maxwell*

ALBERTO estaba sentado en una silla en su dormitorio, pero no por su voluntad, sino porque su madre lo había enviado allí hacía diez minutos. El sabía por qué. Había vuelto a enojarse con su hermano. Le había pegado y lo había tirado al suelo. Todo eso ocurrió en un instante, y Alberto sentía tristeza por lo que había hecho aun antes de que su madre lo mandara a su cuarto.

El ya no estaba enojado con su hermano. Estaba enojado consigo mismo, enojado, disgustado y fastidiado. "¿Por qué me enojo? -murmuró-. Sé que no debiera tratar así a Juan, y no quiero hacerlo. Pero antes de darme cuenta, estoy enojado".

Luego se hundió en la silla, aparentemente muy abatido, como lo estaba.

"¡Cómo quisiera que mamá subiera! Tal vez ella cree que me gusta enojarme, y quiero asegurarle que no es así, pero que no puedo evitarlo".

La mamá permitió que Alberto quedara allí sentado durante más de media hora, para que tuviera la oportunidad de pensar. De pronto Alberto oyó que su madre subía por la escalera. Oyó que llamaba suavemente a la puerta, y luego entró.

Tomando otra silla que había en la habitación, la acercó a la de Alberto y se sentó junto a él. Alberto se quedó mirándola, sin decirle una palabra.

-Alberto, tú debes aprender a controlar tu genio -le dijo bondadosamente su madre.

-Lo sé -respondió Alberto-. Y siento que me enojé; realmente lo siento. Honestamente, mamá, yo no quiero vivir enojado -añadió -Alberto, moviéndose nerviosamente en su asiento.

-¿Le has pedido alguna vez a Dios que te cambie? -preguntó ella suavemente.

-Claro que sí, muchas veces -aseguró Alberto-. Pero eso no me ayuda nada.

-¿Has oído hablar alguna vez del hombre paralítico que fue llevado a Jesús en una camilla?

-Te refieres al hombre que bajaron por una abertura del techo?

-Sí -respondió la madre, me refiero a ése mismo. Ese hombre estaba enfermo físicamente, y tenía pecados en su corazón, y sabía que únicamente Jesús podía sanarlo. De manera que sus amigos lo colocaron en una camilla y lo llevaron a la casa donde Jesús estaba predicando. ¿Cómo hicieron ellos? ¿Entraron simplemente en la casa y le pidieron a Jesús que sanara a su amigo?

-No, porque el lugar estaba lleno de gente.

Así es. Ahora, Alberto, ¿podía ese hombre haber dicho: "Procuré ver a Jesús. pero había tanta gente que no me fue posible hacerlo. No puedo evitar de estar enfermo"?

-Eso no fue lo que él dijo, mamá. En cambio dijo: "Pasemos por el techo".

-El fue realmente diligente, ¿no es así, Alberto? Estaba decidido a lograr que Jesús le perdonara los pecados y lo sanara de su enfermedad, y si eso requería que sus amigos tuvieran que llegar al punto de tener que hacer un agujero en el techo -lo cual significaría que más tarde tendría que pagar al dueño de la casa por daños y perjuicios- él procuraría que se hiciera ese agujero, y pagaría el gasto.

-Así es como tendrá que ser con ese mal genio, Alberto -y la madre hablaba ahora con un tono muy solemne-. Jesús es el único que puede ayudarte. Pero él no promete darte la victoria si oras sólo de vez en cuando. Ese hombre enfermo recorrió probablemente un largo camino para encontrar a Jesús, pero si se hubiera detenido frente a la puerta, nunca habría sido sanado. El no se dio por vencido. Tú tampoco debes darte por vencido. Cuando Jesús vea que tienes tantos deseos de vencer tu mal genio como aquel hombre tenía de curarse de la parálisis él te ayudará.

Cuando la madre dejó de hablar, reinó un profundo silencio en la habitación.

-Alberto -sugirió ella-, ¿por qué no nos arrodillamos ahora mismo y oramos?

Alberto se levantó de su asiento y los dos se arrodillaron.

Y les aseguro a Uds., con la autoridad de la Palabra de Dios, que si cualquiera de Uds. tiene hábitos malos que quiere abandonar y recuerda al hombre paralítico, y está tan decidido como estaba él a que



Jesús lo ayude, Jesús lo bendecirá como lo bendijo a él y le concederá una victoria completa duradera.